

# Pío Baroja y los Latino-Americanos



El conocido escritor español Pío Baroja les tiene mucha ley a los latino-americanos.

En su libro «Juventud-Egolatría» los trata, si mal no recuerdo, de idiotas o poco menos.

En el que puede parecer continuación del anterior, intitulado «Las Horas Solitarias», vuelve a la carga.

¡Qué actitud más antipática, más de incompreensión de las necesidades de nuestra raza, más insensata!

El señor Baroja necesita arremeter contra alguien, vive arremetiendo contra alguien. Suelo pensar que de este razgo de su carácter provenga parte de su influencia como escritor. Nada más cándido que imaginarse la acción de un escritor como la resultante de un valor real. ¡Ah no! Con los escritores suele pasar lo que con la gente mal humorada en sociedad. Los de mal carácter, los regañones, los que lo encuentran todo malo se imponen. Son malones. Es la aplicación de la conocida manera de elevarse a sí mismo rebajando a los demás: pobre manera si se quiere.

Algo semejante pasa en la vida literaria, y mucho de esto se encuentra en el señor Baroja. En su mencionado segundo libro descarga, como he dicho, de nuevo, sus iras sobre los americanos.

«No son capaces, dice, de crear una Universidad especializada, ni de tener grandes industriales, grandes inventores o grandes ingenieros, ni de lanzar una utopía al mundo; son negociantes en pequeño, y cuando quieren hacer algo espiritual, hacen versos o escriben una sociología traducida del francés. Están a la altura de lo peor que hay entre nosotros: del señorito».

Después de esta insolente petulancia, sigue:

«Los escritores americanos ven que España se les va, se les escapa, que irá haciéndose cada vez más europea, más desligada de América».

Nosotros creemos señor Baroja, que la salvación de la raza ibérica y del idioma castellano se encuentra en esta vigorosa tierra de la América Latina.

•Nosotros, no sé si muchos, pero al menos algunos que creemos tener una idea aproximada de lo que es España ante la cultura universal y de lo que podría haber sido, quisiéramos hacer la experiencia de la raza libre de los factores que han sido su ruina: el catolicismo y América».

•A estos americanillos les asombra y les molesta que en España pueda haber gente audaz, capaces de sobrepasar sus ideales. Ellos creen que con la República y la Democracia y cuatro o cinco cantatas latino-americanas, con las que nos están aburriendo desde hace muchos años, han llegado al término de todas las posibilidades. Y en esto se engañan. Nosotros, los españoles, podemos ser ignorantes y viejos (y groseros podía haber agregado); pero muchos estamos dispuestos a dar un salto hacia el porvenir con todas nuestras fuerzas».

¿Qué lástima de energías tan mal empleadas y disparadas con tanta ignorancia y desacierto! ¡Cuánta estultez! Y éste es uno de los valores de la contemporánea literatura española.

Nuestra revista cree de su deber hacer al señor Baroja un alcance en su primer número.

El señor Baroja no conoce a los Hispano-americanos o juzga de todos por algunos tipos que habrán llegado rodando quién sabe de qué manera a Madrid. Aunque entre estos envió a España la América Latina, para hacerle el don de que renovara la poesía castellana, al insigne Rubén Darío. De entre estos americanillos tan denigrados, salió el espíritu que no había sido capaz de producir la península para que desentumeciera las alas de su verbo lírico.

Además de ignorante, el señor Baroja se halla sumamente atrasado en sus ideales con respecto a nosotros. ¿Usted y algunos más, señor Baroja, querrian hacer el ensayo de una España sin catolicismo y sin América?

¡Ah! señor Baroja, qué lamentablemente atrasado está Ud!

Esas mismas ideas, invertidas en la forma que a nosotros corresponde, se han venido sosteniendo en este continente desde hace ochenta años. Generaciones enteras de latino-americanos del pasado siglo han renegado de que la América haya sido conformada por esas dos lápidas de su génesis social: España y el Catolicismo. El ensayo que Ud. quiere tentar ahora en su patria lo lanzaron como un ideal a los cuatro vientos, hace más de medio siglo, escritores de estas tierras.

Usted, señor Baroja, no es en esta materia más que un retardado epigono de nuestros José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao.

Y lo que es más. Lo que ha sido posible realizar dentro de las condiciones del determinismo histórico se ha realizado entre nosotros, por lo menos en lo que respecta al único ideal de los apuntados que vale la pena de ser tomado en cuenta. En muchos de nuestros países se ha establecido la separación de la Iglesia y del Estado, con lo que se han quitado al catolicismo los inconvenientes derivados de su carácter de religión oficial y privilegiada. Y aun donde esto no se ha conseguido, reina una tolerancia muy apreciable.

En lo referente a nuestras relaciones con España, ¡qué atrás hemos dejado también al señor Baroja! Hemos dado a nuestros conceptos y sentimientos una amplitud de cuya importancia el señor Baroja no parece tener idea. No pensamos ya en una América sin vinculaciones espirituales con España. No necesitamos a España como modesto escenario donde ir a exhibir nuestras vanidades. Esto nos tiene sin cuidado. La solidaridad espiritual que preconizamos con España es un imperativo de civilización para el mejor aprovechamiento del gran tesoro del idioma común que poseemos, y para la mejor realización de los ideales de progreso y de nuevas formas de vida que aun pueda ofrecer nuestra raza a la humanidad.

Por lo demás, si las raras y cantonales ideas que sustentan el señor Baroja, y algunos más, según él, llegaran a triunfar, la única que saldría perdiendo con ello sería la misma España.

E. M.